

donado todos, y sólo nosotros, que custodiamos los territorios hemos quedado aquí para recibirlos y ser vuestros esclavos.

—¿Y hay por ventura motivo alguno para obrar de este modo? preguntó Hernan Cortés.

—Perdonadnos, señor, y perdonadlos. Pronto sabrán vuestras bondades, pronto sabrán que no venís á despojarnos de nuestras casas, á esclavizarnos más y más, y acudirán ansiosos de ser vuestros servidores de grado, los que por nada del mundo hubieran querido hacerlo de fuerza.

Hernan Cortés les aseguró que su objeto al ir allí era entablar relaciones amistosas con su cacique, y les encargó que fuesen á avisarle su llegada y el deseo que tenía de verle.

Al mismo tiempo dió órdenes terminantes á los soldados para que no molestasen en lo más mínimo á los indios, ni entrasen en sus viviendas, ni se apoderasen de los objetos que había.

Esto tranquilizó á todos.

Al día siguiente se fueron acercando á sus hogares.

Observaron primero á los españoles con curiosidad y luego con confianza y cariño.

El cacique de Quiabislan no había ido léjos.

Por opuesto camino se había dirigido á Zempoala para preguntar al cacique su amigo la conducta que debía observar.

Suplicó despues á éste que fuese con él á Quiabislan para que excusase su fuga á los ojos del jefe de los españoles, y le sirviese de protector y padrino.

Con gran satisfaccion vió Hernan Cortés entrar, á cosa del medio día, en la ciudad, acompañados de muchos indios, y en preciosas andas, á los dos caciques.

Los recibió con las mayores muestras de cortesía, y no tardaron, apénas estuvieron los tres reunidos con Marina, en confiarle los caciques indios los motivos de queja que tenían de Moctezuma, y de asegurarles Hernan Cortés su propósito de defenderlos y ampararlos.

CAPITULO LIV.

Los cobradores de tributos.



ASTIMA daba ver á los pobres caciques quejarse de las tropelías que cometía con ellos Moctezuma.

—¡Ah! exclamaba el cacique de Quiabislan, hombre de buen carácter, de buenos sentimientos. ¡Cuánto hemos sufrido desde que Moctezuma es emperador! Antes nos molestaban sus emisarios, nos exigían tributos; pero podían pagarse. Hoy horrorizan las exigencias que tiene con nosotros.

—Todo cuanto pudiéramos deciros, añadió el cacique de Zempoala, sería un pálido reflejo de lo que pasa en realidad.

Sus crueldades son inauditas.

—Su mayor goce es hacer esclavos suyos en México á los vallos más distinguidos de nuestras provincias.

—Es tan soberbio, tan feroz se muestra, que despues de empobrecernos con los tributos que nos exige, se goza en nuestras calamidades.

—Y no contento con querer disponer de nuestra fortuna, de los productos del trabajo de todos nosotros, se cree dueño y señor de nuestra vida, de nuestra honra.

A lo mejor envía emisarios para apoderarse de nuestras hijas, de nuestras esposas.

Se las lleva á México, y despues de deshonrarlas, las inmola como víctimas propiciatorias para aplacar la ira de los dioses.

—Calmad vuestro dolor, dijo Hernan Cortés á los caciques. No en vano la Providencia nos ha enviado aquí para defenderos. Yo os aseguro que ese tirano dejará de imponeros tan dura

dominacion, porque ó abjurará sus errores y bajará la frente ante el poderoso soberano que aquí me envía, ó su cetro y su trono caerán convertidos en polvo ante la voluntad de mis soldados.

Tranquilos por estos consuelos que les ofrecia el jefe de los españoles, le agasajaron en extremo, y convinieron en celebrar al dia siguiente una entrevista para concertar los medios de oponerse á las vejaciones de Moctezuma.

Entre tanto, todos los habitantes de la ciudad se esmeraron en proporcionar alojamiento y víveres á los españoles, siendo de admirar la curiosidad con que los observaban y la solicitud con que los servian.

¿Para qué referir los mil episodios de esta peregrinacion?

¿Quién no supone las escenas á que daría lugar la curiosidad con que eran vistos los soldados españoles por los indios y sus familias?

¿Quién no se figura á los niños aproximándose á los extranjeros para ver de cerca sus armas ó separándose de ellos con terror?

Los caciques se reunieron en la morada de Hernan Cortés, y comenzaron á ponerse de acuerdo sobre los medios de reducir á Moctezuma.

Pero en lo más animado de la discusion penetraron los indios, y hablaron misteriosamente á los caciques.

Al oír las primeras palabras de los recién llegados, observaron Marina y Hernan Cortés en su rostro una impresion dolorosa.

Cubriéronse de una mortal palidez.

Miraron á todas partes con zozobra, con miedo, y sin atreverse á pronunciar una sola palabra, sin despedirse siquiera de Hernan Cortés, se alejaron, dejando á los circunstantes en extremo sorprendidos.

¿Cuál era la causa de aquella repentina marcha, de aquella actitud miedosa?

Teutila y Pilpatoe comenzaban á fomentar las hostilidades. Hé aquí en breves palabras lo que habia pasado.

Irritados los dos representantes del emperador, enviaron á Zempoala y á Quiabíslan seis ministros ó comisarios imperiales, de los que no tenían más mision en todo el imperio que cobrar los tributos que imponía Moctezuma á los Estados secundarios que se hallaban bajo su dominacion.

Aquellos hombres eran temibles, porque Moctezuma les habia hecho inviolables.

Cualquiera que atentase á uno de ellos, atentaba al emperador mismo, y sufría un castigo horrible.

La presencia de estos hombres aterrorizaba á todos los indios, y los tributarios se aprestaban á llevarles el tributo inmediatamente para evitar los castigos que de lo contrario les imponían.

Era escandaloso el lujo que desplegaban aquellos hombres en su adorno.

Vistasas plumas adornaban su cabeza.

Pendientes de oro colgaban de sus orejas, de sus narices y de sus labios.

A cada comisario acompañaba gran séquito de criados y de guardias.

Ellos fueron los que dieron á los españoles la nocion de los abanicos.

Con varias plumas grandes, unidas por su extremidad y en forma de abanico, alejaban del rostro de los ministros los mosquitos, y al mismo tiempo ahuyentaban el calor, refrescando la atmósfera con el aire que despedían.

Aquel uso pareció extraño á los españoles.

No solamente servían aquellos abanicos para dar aire, sino para quitar el sol.

Cuando salieron Hernan Cortés, Marina y algunos capitanes á la puerta del palacio que ocupaban para averiguar el motivo de la repentina fuga de los caciques, vieron pasar por delante á aquel cortejo.

Los ministros ni siquiera miraron á Hernan Cortés, pasando á su lado con el mayor desprecio.

La actitud de aquellos hombres indignó á los soldados, que se agruparon para verlos pasar.

Trabajo costó á Hernan Cortés poder apaciguarlos, porque querian ir tras ellos para darles el castigo que merecian por su indiferencia y orgullo.

—Dejad ir á Marina, exclamó, á averiguar quiénes son esos hombres, y qué les trae aquí.

Marina fué en efecto, y no tardó en saber que los ministros habian mandado llamar á los caciques.

Una vez en su presencia, y en la del numeroso auditorio allí congregado, Marina presenció la escena que tuvo lugar.

Los ministros, en nombre de Moctezuma, censuraron enérgicamente la infamia que habian cometido los caciques, admitiendo á extranjeros y enemigos de su rey en sus ciudades y en sus casas.

—En castigo de la felonía que habeis cometido, añadieron, y para aplacar á los dioses irritados, venimos á pedir, además del tributo ordinario, veinte indios y veinte indias destinados al sacrificio.

Estas órdenes consternaron á los caciques.

—Id á buscar lo que os pedimos, y volved pronto, les dijeron los ministros.

Marina corrió á contar á Hernan Cortés lo que pasaba.

Este mandó llamar á los caciques.

No quisieron ir, y entónces los soldados, que habian recibido instrucciones, los llevaron a la fuerza.

—No temais estando yo aquí, les dijo Hernan Cortés.

Ya sé el objeto que ha guiado á esos miserables.

Vienen á ejercer con nosotros la más cruel de las violencias.

Vienen á imponer nuevos tributos.

Los más dolorosos.

Los de sangre humana.

Ya se ha acabado el tiempo de permitir semejante abominacion.

Mientras esté en vuestros dominios no lo consentiré.

Así, pues, si quereis que os ayude, si quereis que no os considere como cómplices suyos y os provoque á la guerra, reunid vuestras tropas.

Haced que todos vuestros vasallos os ayuden á aprisionar á los enviados de Moctezuma, y no temais despues las consecuencias de semejante acto.

Yo responderé de él.

—Es inútil, exclamó tristemente el cacique de Zempoala.

—No podemos resistir las órdenes del emperador, añadió el de Quiabislan.

—Dejadnos sufrir las amarguras de nuestra situacion.

—No nos queda más recurso que obedecer y sufrir.

—Pues ved que no tendreis que luchar sólo con ellos, sino con mis soldados, porque estoy resuelto á no consentir semejante injusticia; y si vosotros cedéis, mi indignacion caerá lo mismo sobre vosotros que sobre ellos.

Ante aquella amenaza cobraron ánimo los caciques.

—¿Vos nos ofreéis vuestra ayuda? le preguntaron á Cortés.

—Os la he ofrecido en nombre del rey, les contestó.

—Pues bien, os obedeceremos.

Sin salir de la morada de Hernan Cortés, llamaron á los que capitaneaban sus tropas y no sin asombro suyo, y más tarde de sus vasallos, les dieron la orden terminante de apoderarse de los comisarios de Moctezuma.

Aguardaban aquellos á que les enviasen el tributo ofrecido, cuando de pronto vieron llegar y caer sobre ellos á los indios con la gritería que solian emplear en todos sus actos belicosos.

Como no podian figurarse semejante determinacion por parte de los acobardados habitantes de aquellas provincias, la sorpresa les quitó la accion, y todos fueron aprisionados sin que logra-

se escaparse uno solo de los servidores que les acompañaban. Los indios tenían un modo muy original de aprisionar á sus enemigos.

Ponian á cada dos unos cepos de madera; pero en vez de aprisionar sus piernas como con los grillos, los sujetaban por la garganta, dejándoles, sin embargo, el espacio necesario para respirar.

De esta manera fueron conducidos, en medio de las más feroces exclamaciones de los indios, los que poco ántes habían ido á exigirles tan infame tributo.

Cuando supieron los caciques que estaban asegurados, fueron á calmar á su pueblo, y volvieron poco despues á la presencia de Hernan Cortés muy satisfechos, como si hubieran sido ellos los verdaderos autores de la rebelion, ofreciendo á Hernan Cortés que una vez presos los comisarios, no tenían más remedio que degollarlos con arreglo á las leyes que regian en el país para con los traidores.

—Poco á poco, exclamó Cortés; yo no os consiento que hagais tanto.

—Pero ¿no nos habeis aconsejado que nos opongamos á su dominacion?

—Sí; pero de eso á ejecutarlo, hay gran diferencia.

—Permitidnos al ménos que los sacrifiquemos á nuestros dioses, para que no sea tan grande nuestra crueldad.

—De ningun modo, esos prisioneros me pertenecen, y para que no podais atentar á su vida, ni ellos escaparse, voy á mandar á mis tropas que los custodien.

En efecto, envió algunos soldados para que vigilasen á los prisioneros, y realizadâ la primera parte del proyecto que habia concebido, consultó consigo mismo la segunda, sin dar cuenta á Marina en aquella ocasion de sus sentimientos, razon por la cual le contemplaba la jóven con pena, porque no le confiaba sus ideas.

CAPITULO LV.

Alta política.



ido demasiado léjos, se dijo Hernan Cortés.

Es cierto que puedo contar con el auxilio de los indios de Zempoala, Quiabislan y las demas provincias que gimen bajo el yugo de Moctezuma.

¿Pero acaso entre todos seremos bastante fuertes para desafiar las iras de este coloso?

Y aunque así sea, ¿despues de vencerle, no podrán sustraerse de mi apoyo sus enemigos coaligados por mí, y arrebatarme de las manos el triunfo?

He obrado bien evitando un nuevo sacrificio.

El tributo pagado en sangre humana no puede consentirlo la religion cristiana que profeso.

¿Pero no seria mejor en esta ocasion guardar la fuerza para el momento necesario, y emplear entre tanto la astucia?

Teutila y Pilpatoe no tardarán en saber el atentado que han cometido los de Zempoala y Quiabislan con sus agentes, y vendrán á castigarlos.

Eso dará lugar á un combate.

En él tendremos que emplear todos nuestros recursos.

Saliendo victoriosos, nuevos ejércitos vendrán á castigarnos.

No, no; es preciso utilizar todos los elementos que se me vienen á la mano, del modo más á propósito para no malgastar la sangre de mis soldados.

Lo que más me conviene es figurar, que confiados en mi auxi-

lio, se han atrevido los caciques á aprisionar á los comisarios imperiales.

Pero si al mismo tiempo suspendo la ejecucion y los amparo, tendrán que agradecerme este favor que les dispense en la persona de sus agentes.

Más de dos horas estuvo cavilando, y al cabo de este tiempo fijó sus ojos en Marina.

—¡Cuán buena eres! le dijo.

—No tanto como crees, puesto que soy indigna de tu confianza.

—¿Estás celosa?

—Sí.

—¿De quién?

—De tus pensamientos.

—¿Acaso los ignoras?

—Creo leer en tus ojos que padeces, y sin embargo no me comunicas tus penas.

—No sufro, no; busco los medios de evitar la lucha, de llegar con todas mis fuerzas á México, para desplegarlas allí.

—¿No puedo saber lo que has pensado?

—No has de saberlo, si te necesito.

—¡Habla, habla, por Dios!

—Voy á mandar buscar á dos de los prisioneros para que hables con ellos en mi nombre.

—¿Con qué fin?

—Con el de granjearme su voluntad.

—Comprendo.

Hernan Cortés dió las órdenes oportunas, y poco despues llegaron dos de los comisarios.

—¿Para qué nos llamais? preguntaron á Hernan Cortés.

—Para daros la libertad.

—¿Tú? ¿El jefe de los extranjeros, el que nos odia? ¿Tú dar-nos la libertad?... No lo creemos.

—Y sin embargo, es cierto.

Yo no os odio.

Si he tenido que luchar con vuestros hermanos, ha sido con grande pesar mio.

Traigo la paz, y quiero paz en cambio de la que os ofrezco.

Pero si me presento como amigo, sé tambien castigar á mis adversarios.

Los caciques de Zempoala y Quiabislan, me han recibido amistosamente.

Vosotros habeis querido castigarme por eso.... Yo os perdono, y os devuelvo la vida con la libertad, porque sin mi intercesion, á estas horas habriais sido sacrificados á manos de vuestros falsos dioses.

—¿No nos engañais? repusieron los emisarios, abrigando aún un resto de desconfianza.

—No; podeis partir.

—¿Y nuestros compañeros?

—No tardarán en acompañaros. Yo emplearé toda mi influencia para que obtengan la libertad de los caciques. Id, pues, en paz, y decid á Moctezuma que por consideraros representantes suyos, os he salvado la vida.

No se atrevian aquellos dos indios á salir de la estancia, temerosos de que á la puerta los matasen; y al comprender sus dudas y sus vacilaciones, dispuso Hernan Cortés que unos cuantos soldados fuesen sirviéndoles de escolta hasta llegar á las canoas que les habian conducido á Quiabislan.

Al dia siguiente muy temprano supieron los caciques la evasion de los dos comisarios, y acudieron á ver á Hernan Cortés, mostrándose en extremo pesarosos por aquel suceso.

—Vuestra es la culpa, dijo Hernan Cortés, haciéndose de nuevas.

—Los dejamos confiados á vuestras tropas.

—Cierto; pero ellos sin duda han querido mostraros que no hay que confiar la vigilancia que nos interesa á los demas.

A las nuevas objeciones que hicieron los caciques:

—Nada, nada, contestó Hernan Cortés; he querido hacer una prueba de vuestra energía. Ya veo que no sabeis guardar presos.

Es necesario que me entregueis todos los que han caido en vuestro poder, para que yo me encargue de ellos. Los llevaré á los buques, y allí estarán seguros.

Alegráronse en extremo, porque les quitaba un peso de encima, y Hernan Cortés vió realizados sus designios.

Empezaba á jugar con dos barajas.

Estos juegos son siempre muy difíciles.

Pero Hernan Cortés tenia la ventaja de poder ver las cartas de los demas.

Por de pronto, ordenó á los marineros que tratasen muy bien á los presos que puso bajo su custodia.

CAPITULO LVI.

Veracruz.



ODEROSAMENTE influye la oportunidad en el porvenir de las empresas de los hombres.

Hernan Cortés llegó oportunamente á aquella parte del imperio de México.

El triunfo que habia obtenido sobre los habitantes de Tabasco, y el gran rasgo de audacia que habia puesto por obra prendiendo á los representantes de Moctezuma, le adquirieron tal prestigio entre aquellas gentes, que solo puede compararse la admiracion y el aprecio que le profesaban con el que profesaban á sus ídolos.

La supersticion hizo creer á los habitantes de Zempoala y Quiabisan, que los embajadores eran poderosos auxiliares que les enviaban los dioses, para contrarestar la tiranía de Moctezuma, y esta version se divulgó de tal manera entre los indios, que no hubo uno solo que no se apresurara á reconocer como enviados del cielo los españoles, creyéndose á su lado libres del yugo que hasta entónces les habia impuesto el emperador de México.

—Ya os lo decíamos, exclamaban los butios; los atentados cometidos por los ejércitos de Moctezuma no podian quedar impunes.

Nosotros viviamos libres, dichosos.

Trabajábamos la tierra y gozábamos de sus productos.

¿Por qué razon, con qué derecho envió sus huestes á dominarnos, á exigirnos tributos?